

# El tiempo de Santa Teresa

por José Antonio Vaca de Osma (1)

Desde aquí en mis manos un libro lujoso, bien editado, con magníficas reproducciones del arte universal. El libro tiene un título: "Historia de Europa y del genio europeo". Se publica en Francia para que vea la luz en la América española. Escriben en él autores de diversos países europeos, ninguno español.

Es un resumen de Historia, síntesis al modo d'orsiano de los más grandes acontecimientos y de los personajes cumbres de veintiseis siglos de civilización de signo europeo, es decir, prácticamente de la civilización y de la cultura que han imperado y señalado los rumbos universales en esas veintiseis centurias.

De Pericles y Platón hasta Churchill y Proust, pasando por Newton y Goethe, no más de cien nombres y poco más de cien acontecimientos. Para darse cuenta de tan estricta selección diremos que apenas figuran los nombres de seis grandes artistas: Fray Angélico, Leonardo, Miguel Angel, Rubens, Bernini y Rembrandt, y entre los Santos no españoles sólo San Bernardo, San Francisco de Asís, San Luis y Santo Tomás de Aquino.

Siete personajes españoles figuran en la lista, lo que no es mala aunque injusta proporción. Tres de ellos nacen, sí, en España pero su fama

---

(1) Académico C. de las Reales Academias de la Historia y de Jurisprudencia y Legislación. Diplomático y Secretario General de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO.

les viene dada por un foco de irradiación universal, Adriano y Trajano, urbi et orbi desde Roma; Picasso, porque el libro está escrito en París. Otros dos sí son genuinamente españoles en todas las facetas de su vida y de sus obras, Cervantes y Goya. No es preciso explicaciones ni sobre su genio ni sobre su europeidad.

¿Cuáles son los otros dos? ¡Ay, amigos, "amigos e vasallos de Dios omnipotent", que diría Gonzalo de Berceo, maestro alegre y tan nuestro, de la cuadernavía! Los otros dos son Teresa y Juan. Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Teresa de Avila y Juan de Fontiveros, es decir, de Avila también. ¡Entre cien nombres flor y espuma de los miles de millones que han pasado por este mundo en los veintiseis siglos, desde que el hombre sabe pensar y escribir, pintar y filosofar, fundar Estados y medir constelaciones, construir el Partenón y entonar el Dies Irae o un aria de Mozart!

Gloria inmensa que no llegamos a comprender, gloria que hace de esta tierra nuestra "imán del mundo", como dijera de Teresa Fray Diego de Estella.

Y no es sólo ésto, porque además en esa selección rigurosa de acontecimientos, aunque no en la de personajes, figuran dos a los que España puede sentirse vinculada con alto honor y merecimiento. Uno de ellos, el descubrimiento de América. ¡Ay Isabel de Madrigal, hermana de Teresa. (Teresa en el Alcázar hubiese sido Isabel, Isabel en la Encarnación hubiese sido Teresa)...! ¡Cómo lavaron, limpiaron, reformaron y supieron amar las dos mujeres extraordinarias!

Y el otro acontecimiento, la fundación de la Compañía de Jesús, con su fermento, la gloria del santo de Loyola, tan vasco, tan navarro, tan español.

Me he referido a ese caso excepcional de fertilidad del medio ambiente hispano para dar lugar, crear o fomentar seres humanos de excepción. No es casualidad. Tierra, paisaje y clima influyen poderosamente en los tipos y en las conductas individuales y colectivas. Es la Providencia la que actúa y todo lo dirige, pero valiéndose de esos medios físicos, naturales.

Se dice que Castilla "face los omes e los gasta". También crea y alienta estos prodigios.

¡Qué importancia tienen estos factores geográficos que aclaran muchas características del misticismo español en general y de la vida y la obra de Teresa de Avila en particular!

¿Es posible que Kant hubiese escrito su "Crítica de la razón pura", si hubiese nacido a orillas del Mediterráneo y vivido bajo el cielo blanco, de puro luminoso, de la Caleta malagueña? ¿No parece que en su obra se adivinan las noches del Báltico y las horas claustrales de su gabinete de Koenigsberg? Madame Curie, a la vuelta de un viaje a Andalucía explicaba que si hubiese vivido en Sevilla nunca hubiese descubierto el radium.

Demos la vuelta a la moneda. ¿Puede imaginarse a Pedro Romero dibujando naturales bajo el cielo plomizo de las costas de Prusia?

Mas volviendo a esas influencias geográficas y climatológicas, ¿puede atribuirse al azar que Gelmírez, el Arzobispo todo astucia, cautela y saber político como el diplomático Conde de Gondomar, fueran gallegos mientras el Cid guerrero y el Gran Duque de Alba, espada de Avila por tierras de Europa, fueran genuinos castellanos?

No es casualidad que Pero Nuño, Conde de Buelna, castellano montañés realice las hazañas y que Gutierre Díaz de Gámez, cronista gallego y de los buenos, las relate admirablemente en su "Victorial". No es tampoco casualidad que Feijóo, con su talento soberano, naciese en Orense y que el lógico y prudente Balmes, todo buen criterio —"seny" como dicen los catalanes— naciera en Vich, por tierras del Ampurdán. Y, a ello iba, Teresa de Ahumada y Juan de Yepes en tierras de Avila.

Tierras, ciudades, clima y paisaje en la forja de la vida de Teresa de Jesús como medio propicio para un modo de ser, para una obra. Lo importante es la compenetración de Teresa con el paisaje, esa fuerza con la que se funde a los páramos áridos y secos, con la que se derrama y unifica por las llanuras cereales de Castilla o Andalucía que son sus caminos. Caminos polvorientos de trajinantes y de veteranos rotos, de vuelta de los Tercios, pueblos pobres en los que el suburbio llega con barro y casuchas hasta la plaza del Ayuntamiento.

No es que a Teresa le guste esto. Ella ama los paisajes umbrosos, se deleita con los sotos frescos y con las alamedas húmedas ( ¡el agua, el agua que mana por toda su obra!), con los huertos en fruto y con los jardines en flor. Pero la santidad y la fuerza de Castilla se forjaron en la tierra seca con inviernos de hielo y veranos de fuego donde los barbechos tienen color de sayal carmelitano y las espadas sacan chispas de la roca.

Medina del Campo. ¿No hay algo simbólico en ese irse a fundar, después de San José a la ciudad que vio las últimas horas de la Reina Isabel, como su ejecutora testamentaria?

¿No lo hay también en esa marcha a Toledo, donde ella no quería ir —lo hace por santa obediencia— precisamente al Toledo donde arde perenne la llama viva del arte místico del Greco, que se eleva a lo alto, queriendo expresar por medios materiales lo que Teresa y Juan de la Cruz supieron decir con la pluma a lo divino, en alas de la Gracia hasta donde el óleo del cretense quería y no podía volar?

Pastrana, Alcalá, Salamanca, Alba, Altomira, La Roda, Beas de Segura, Sevilla, Caravaca, Lisboa. Lisboa para lanzar al mundo su nave misionera hacia el Africa, realización de sus sueños de infancia. Y Burgos, para culminar "caput Castellae" la gran empresa reformadora castellana y universal.

El 26 de marzo de 1515 viene al mundo la que iba a ser Santa Teresa. El mismo año empieza a reinar Carlos I en España y Lutero aparece en la Historia; el año 1542, mientras nace en Fontiveros el mínimo y santo Juan de Yepes y López de Villalobos bautiza con el nombre del Rey de España a las Islas Filipinas. En 1571 se da en Lepanto la más alta ocasión que vieron los siglos y Teresa celebra sus esponsales espirituales con Cristo. En 1582 se unen España y Portugal y muere en Alba una hija de la Iglesia, camino de los altares.

¡Y han pasado tan pocos años desde que Colón descubrió América, desde que Isabel fijó la misión de España en sus postreras horas en Medinal Viven Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Pedro de Alcántara, San Luis Beltrán, el Beato Juan de Avila, los dos Fray Luises, de León y de Granada...

Hablaba antes de la influencia de la geografía, del clima y del paisaje. No es casual, no se forja en un momento la España imperial y misionera, mística y heroica del siglo XVI. La tarea histórica va esculpiendo la personalidad de los pueblos y la de sus figuras señeras.

En los largos años, casi ocho centurias, de la Reconquista, con la Cruz y Santiago y cierra España por delante, se va forjando esa pléyade espiritual y humana de la que pudo decir Taine, el historiador francés: "Hubo un momento extraño y superior en la especie humana... De 1500 a 1700 España es acaso el país más interesante de la tierra".

Los ideales de la Edad Media se concentran, se materializan sin perder espiritualidad por las nuevas corrientes renacentistas. Es la España que intuyera genial Raimundo Lulio, "ese almogávar del pensamiento", como alguien le ha llamado: es la España jurídica de Suárez y Vitoria, y Soto, y Salmerón, y Báñez y las Leyes de Indias, la España jurídica que soñara el Rey Sabio. Es la España que no teme a la muerte "ese vivir que es perdurable" de las coplas de Jorge Manrique.

Una España ésta de Teresa en la que había muchos hombres enteros cuyo pensamiento valía más que todo el mundo, que se creían hechos para Dios con la voluntad por encima de la calculadora razón, con un ímpetu vital fabuloso que le hacía capaz de domeñar entero un continente llegando a caballo del océano con Cortés, Pizarro, Alvar Núñez, Ojeda o Jiménez de Quesada al frente. Vidas prontas al servicio de un fin ultraterreno, a las que el tránsito por el mundo no pudo transformar su deseo de acción.

"Velar se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte", como reza el mote de un escudo que campea sus blasones en la ciudad de Avila.

Como escribe Sánchez Albórniz: "El español supo de su alentar porque la vida palpitaba en él con tal vigor que rompía y desbordaba a cada paso las compuertas de la vida, se sintió vivir con tal ímpetu, violen-

cia, intensidad, exaltación y dramatismo que no necesitó pensar para comprobar que seguía empuñando las riendas de la vida. Con frecuencia su yo explosivo se vertía en tan agitadas batallas contra el mundo o contra él mismo, que no le quedaba ocio para hallar en la callada reflexión el fluir de la sangre por sus venas”.



¡Teresa, mujer!

Una mujer proporcionada, de natural agradable y desenvuelto, amiga de la verdad y por ello de la piedad sincera, sin ñoñerías ni embobamientos que no hacen más que perder el tiempo y gastar la salud, como dice en *Las Moradas*; salud que le era tan preciosa pues tan escasa de ella andaba que es maravilla como pudo soportar la vida religiosa y realizar una obra que tanto esfuerzo físico exigía.

Una mujer equilibrada, lista y graciosa, que ponía simpáticos motes y que sabía tener bien controlada a la imaginación, “la loca de la casa”, como ella la llamaba. Nada más lejos del tipo patológico con el que han querido explicar algunos los fenómenos místicos de la Santa. Nada de demente o alucinada, de ninguna manera “malade imaginaire”. Bien claro lo explican Victoria Sackville West y Gloria Cunningham Graham, Marcelle Auclair y Ellen Parkinson Keys en sus biografías de la Santa.

Equilibrada también porque previene a las monjas contra los peligros del excesivo celo, del ímpetu religioso sin madurez. “Soy amiga de apretar en las virtudes, no en el rigor”, dice. Y añade: “¡Qué cosas vienen a descubrirme algunas prioritas!”.

Enemiga de histerias y de melancolías sabe que la comunicación con Dios se logra sólo con la gracia y entre tanto, en la tierra, hay que poner los pies bien firmes después de asegurarse del terreno que se pisa. “Gustaba de leer libros buenos que eran casi toda mi recreación”... “siempre informaos, hijas, de quien tenga letras; que en ellas hallaréis el camino de perfección con discreción y bondad”, escribe en las “Fundaciones”; y en el “Libro de su Vida” añade: “de devociones bobas Dios nos libre”...

Una mujer que hubiera triunfado en sociedad con su conversación ingeniosa y adecuada, una mujer que sabe dar y recibir, compadecer, agradecer y participar. Una maestra en artes de buen gobierno como lo prueban estas dos sentencias, magníficas como suyas, que todo gobernante debía llevar grabadas en su mente: “y crea quien está tanto a los ojos del mundo como yo, que aún lo que es virtud es menester mirar como se hace” (Carta 118) y “el mundo es indulgente con los tibios, pero riguroso y exigente con los buenos”, advirtiendo que se vigile el menor error porque hay enjambres en torno que critican, chupan y devoran. Algo sabía de ellos la Santa, algo saben de ellos todos los tiempos...

Una mujer constructiva, de voluntad segura, resistente, ecuánime, vigorosa, dócil y altruista. Teresa es una mujer que ama la belleza y la prefiere sin demérito para las criaturas que no la poseen en abundancia. Por eso se deleita en los sotos y en las fuentes, por eso busca para sus imágenes literarias el oro y el diamante, el agua, el espejo, el río y los alcores. Aunque son pobres objetos materiales la mística Teresa los ilumina desde su altura con temperamento de artista que tiene y con su amplia generosidad que "no ve las cosas en sí mismas sino reflejadas en lo único para lo que existen: Dios". Y lo que les falta de gracia lo añade espléndido el espejo donde las contempla. A ella podrían aplicarse bien los versos alados del Místico:

"Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura".